

1348

La peste ha llegado
a Inglaterra,
y las mentiras que cuentes
serán tu muerte.



personajes

Un vendedor de reliquias religiosas marcado por una cicatriz

Un mago

Un músico y su aprendiz

Un cuentacuentos tullido

Una pareja adolescente fugitiva

Una partera

Y una niña que lee las runas

Los pasos de la
comitiva de embusteros



- ①  Kilminster
- ②  Thornfalcon
- ③  La cueva
- ④  Woolstone
- ⑤  North Marston
- ⑥  Northampton
- ⑦  La ermita
- ⑧  Gasthorpe
- ⑨  La isla del ermitaño

*La verdad suele ser un arma terrible de agresión.
Se puede mentir, e incluso matar, por la verdad.*

ALFRED ADLER, psiquiatra.

*Wir haben die Lüge [...] um zu leben.
Necesitamos mentiras [...] para vivir.*

FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE, filósofo.

Comitiva
De embusteros



Prólogo

—**A** sí pues, está decidido: la enterraremos viva con una mordaza de hierro. Eso le mantendrá callada la lengua. —El posadero se cruzó de brazos, aliviado porque al menos ya se habían puesto de acuerdo en algo—. El hierro compensará cualquier maldición que lance. Lo anula todo, el hierro. Es una de las cosas más potentes que hay contra el mal, aparte de la hostia y el agua bendita. Claro que sería mejor si tuviéramos algo así, pero no lo tenemos, tal y como están las cosas. Y el hierro funcionará igual de bien.

Su esposa soltó un bufido.

—Eso cuéntaselo a nuestros vecinos. No hay ni una sola puerta ni postigo en el pueblo que no esté cubierto de herraduras, aunque habría sido igual colgar plumas de pollo de las puertas, para la protección que nos han dado...

El marido la fulminó con la mirada.

—Pero si está amordazada, no podrá lanzar improperios, ¿verdad? Así que, sea o no de hierro, la mordaza funcionará.

—Supongamos que no muere —gimió el joven mesero—. Supongamos que logra salir de la tierra valiéndose de sus garras y nos viene a buscar en mitad de la noche. —Se volvió para mirar con inquietud hacia la puerta, como si ya la estuviera oyendo arañarla—. ¿No sería mejor que le atravesáramos el corazón con una estaca de saúco antes de enterrarla? Así nos aseguraríamos de que está muerta.

—¡Por los huesos de nuestro Señor, muchacho! ¿Vas a ser tú el que se ofrezca voluntario para meterle la estaca mientras está allí sentada, clavándote la mirada? Porque no seré yo quien lo haga.

El mesero negó vehementemente con la cabeza y se hundió aún más en la banqueta, como aterrado porque alguien pudiera ponerle la estaca en las manos y obligarlo a hacerlo.

Con un suspiro de exasperación, el posadero examinó a la docena aproximada de hombres y mujeres derrumbados sobre los bancos de la estancia sombría de la taberna. Aunque afuera todavía había luz, los postigos estaban bien cerrados y la puerta tenía la aldaba puesta. No es que hiciera falta la aldaba; en realidad era la fuerza de la costumbre. Uno se sentía más seguro si echaba la aldaba. Pero ésta no impediría que la víctima averiguara lo que estaban planeando y, en cuanto a la posibilidad de que algún desconocido pasara por allí y entrara en la taberna, nadie, a menos que quisiera morir, se acercaría a menos de diez varas de una casa con las puertas y los postigos cerrados, por muy desesperado que estuviera por echar un trago o comer un bocado.

El posadero tenía motivos para impacientarse: si tardaban mucho en ponerse de acuerdo, sería demasiado tarde para actuar antes del anochecer. Tenerla frente a frente de día ya era difícil; intentar matarla de noche, con sólo una vela interpuesta entre uno y sus poderes, bastaba para que al más valiente se le hicieran las tripas agua y, después de veintitrés años de matrimonio, el posadero ya no se hacía la ilusión de ser un hombre valiente.

La voz del herrero retumbó con gravedad desde el hueco en el que estaba acurrucado sobre su asiento predilecto, con las anchas nalgas derramadas sobre la madera gastada del banco.

—Amordazadla y atadla bien fuerte; cubridla con dos palmos de tierra y luego, cuando ya haya muerto de asfixia, yo le clavaré una estaca de hierro bajo la tierra. Con eso debería bastar. —Se restregó contra la áspera pared para aliviar la comezón de una picadura de pulga en la espalda—. Lo haré en cuanto salga la luna. Eso clavará su espíritu a la tumba y así no podrá salir.

El curtidor bebió un trago de cerveza y se secó la boca con el revés de la mano.

—Pues yo he oído decir que la única forma segura de hacerlo es rebanarle los sesos con una pala de enterrador, cuando esté ya bien muerta, claro.

—Ésa es la única forma de matar a los vampiros, pero ella no es un vampiro o, por lo menos, nadie ha dicho que lo sea —la observación procedía de la anciana que estaba sentada al fondo. Aunque ahora fuese vieja y frágil, había traído al mundo a la mayoría de las personas del pueblo, y había asistido también a su entierro.

—¿Quién sabe lo que es o en qué podría transformarse después de muerta? Lo que es seguro es que no es un ser natural.

Varias cabezas asintieron en señal de acuerdo con el curtidor. Era casi lo único en lo que coincidían. En todas las horas que duraba aquella discusión, nadie había pronunciado su nombre, ni siquiera el joven mesero. Incluso él sabía que hay cosas que es más sensato no mencionar en voz alta.

—Yo sigo pensando que deberíamos quemarla —dijo la anciana—. Así no tendrá ocasión de volver a levantarse.

—Pero no es una hereje —protestó el mesero—. Todo sería más fácil si lo fuera. Las almas heréticas van directas al infierno. Sólo Dios sabe adónde irá su alma. Directa a la primera cosa viviente que encuentre, no me extrañaría, tanto si es un hombre como una bestia, y después lo que tendremos será un monstruo diez veces peor.

—El padre Talbot habría sabido qué palabras decir para enviar su alma a los infiernos —insistió, terca, la anciana.

—Así es, pero está muerto. ¿Acaso ya te has olvidado? Igual que medio pueblo, y pronto iremos todos a reunirnos con ellos si no encontramos antes la forma de matarla. Y, como no queda un solo sacerdote en cuatro leguas a la redonda, tenemos que arreglárnoslas solos. No podemos seguir discutiendo cómo hay que hacerlo. Tenemos que acabar con ella hoy mismo, antes de que se ponga el sol. No podemos arriesgarnos a dejarla con vida ni una sola noche más.

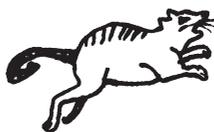
El herrero asintió con la cabeza.

—Tiene razón. Cada hora que continúa con vida se vuelve más fuerte.

El posadero se levantó pesadamente del banco en un intento de zanjar la discusión.

—Así pues, ya está decidido —dijo con voz firme—. La enterraremos viva con la mordaza. Cuando esté muerta, Williams la clavará a la tumba con una estaca de hierro. Sólo queda por decidir quién le pone la mordaza.

Miró esperanzado a su alrededor, pero nadie le devolvió la mirada.



1. La feria de San Juan

Dicen que, si uno se despierta de golpe con escalofríos, es que un fantasma ha pasado sobre su tumba. Yo me desperté con escalofríos por San Juan. Y, aunque no tenía forma de prever el mal que ese día nos traería a todos, fue como si en el momento de despertar sintiera su crudeza, como si atisbara su sombra, como si algo maligno pasara volando y se perdiera de vista.

Cuando me desperté, aún estaba oscuro; era la hora más rabiosamente negra que siempre precede al alba, el momento en que las velas ya se han consumido y los primeros rayos de sol aún no se filtran por las rendijas de los postigos. Pero no era el frío de aquella hora lo que me había hecho estremecer. Estábamos apiñados en el caserón donde dormíamos, tan apretados que nadie notaba ni la más ínfima corriente de aire.

Todas las camas y cada pulgada de suelo estaban ocupadas por quienes habían acudido en masa a Kilmington para la feria de San Juan. El aire apestaba a sudor y a los eructos, ventosidades y hedores que salían de los vientres, agriados por el exceso de cerveza. Hombres y mujeres bufaban y roncaban sobre las tablas, que no dejaban de crujir, y rezongaban de cuando en cuando cada vez que alguno de los durmientes, inquieto y víctima de una pesadilla, le hincaba el codo a su vecino en las costillas.

Yo no suelo tener sueños, pero esa noche sí soñé, y el sueño aún me rondaba al despertar. Había soñado con las inhóspitas colinas de los Lowlands conocidas como montes Cheviot, el punto mismo en que Inglaterra y Escocia se agazapan listas para la batalla y se otean mutuamente desde las alturas. Veía las colinas como si estuviera allí: los picos redondeados y los arroyos turbulentos; las cabras silvestres y los grajos zarandeados por el viento; las torres de los *peles* y las bastillas rechonchas. Conocía bien todo aquello. Conocía aquel lugar desde mi primer aliento. Era el sitio que antes había sido mi hogar.

Hacía mucho tiempo que no soñaba con él. No había vuelto por allí. No podría regresar jamás. Me fui y, durante años, he intentado mantenerlo apartado de mi mente, por lo general, con éxito. No tiene sentido añorar un lugar donde no puedes estar. Y, en cualquier caso, ¿cuál es tu hogar? ¿Es acaso el lugar donde naciste? ¿El lugar en el que aún alguien se acuerda de ti? Hace mucho que debió de pudrirse el recuerdo de mí en aquel sitio. Y, aunque todavía viviera alguien que se acordara de mí, jamás me perdonaría; no podría absolverse nunca por lo que hice. Y aquel día de San Juan, mientras soñaba con aquellas colinas, me hallaba lo más lejos posible de cualquier hogar.

Llevo muchos años viajando, tantos que hace tiempo que he dejado de llevar la cuenta. Además, no sirve de nada. El sol sale por el este y se pone por el oeste, y nos engañamos a nosotros mismos diciéndonos que siempre será así. Tendría que haber sido menos crédulo. Después de todo, soy un camelista, un mercachifle, un vendedor de esperanzas y dedos cruzados, de promesas ligeras e historias doradas. Y, creedme, hay muchas personas dispuestas a comprar lo que yo vendo. Vendo fe embotellada: agua del río Jordán traída del lugar mismo sobre el que descendió la paloma, los huesos de los inocentes de la matanza de Belén y fragmentos de las lámparas que portaban las diez vírgenes prudentes de la parábola. Les ofrezco mechones del pelo de María Magdalena, más rojos que el rostro azorado de un muchacho, y la blanca leche de la Virgen María en pequeñas ampollas no más grandes que sus pezones. Les muestro los dedos ennegrecidos de san José, hojas de palmera de la Tierra Santa y pelo del mismísimo asno que llevó a nuestro bendito Señor a Jerusalén. Y me creen, se lo tragan todo, porque ¿acaso no tengo una cicatriz que da fe de que he recorrido el camino hasta Tierra Santa para luchar contra los infieles por todas esas reliquias?

Es imposible evitar mi cicatriz, violácea y arrugada como el ojete de una arpia, desde la nariz hasta media mejilla. Me cosieron el hueco donde debería haber un ojo y, con los años, el párpado se ha encogido, reseco, y se ha hundido en la cuenca como la capa que se forma sobre el flan cuando se enfría. Pero no intento ocultar la cara, pues ¿qué mejor certificado de origen, qué mejor prueba de que cada uno de los huesos que vendo es auténtico, que las gotas de mi sangre vertidas sobre las piedras de la mismísima Ciudad Santa? Y también sé contarles historias sobre cómo le cercené el brazo a un sarraceno para arrebatarse

las tiras de los pañales de nuestro Señor de su mano profana, o cómo hube de matar a cinco, no, más, a una docena de hombres para sumergir mi frasco en el río Jordán. Les cobro un suplemento por los relatos, por supuesto. Yo cobro por todo.

Todos tenemos que ganarnos la vida en este mundo, y en la vida hay tantas formas de salir adelante como personas. Comparado con otros, mi oficio se puede considerar respetable, y no le hace daño a nadie. Al contrario, podría decirse que incluso les hace bien, pues vendo esperanza, que es el tesoro máspreciado por todos. La esperanza tal vez sea una ilusión, pero es lo que impide que uno salte al río o beba cicuta. La esperanza es una hermosa mentira, y hace falta talento para crear esa mentira para los demás. Y, volviendo al día en el que dicen que comenzó todo, yo entonces creía sinceramente que crear esperanzas era la mayor de todas las artes, la más noble de todas las mentiras. Estaba equivocado.

Aquel día decían que eran de mal agüero quienes creen en esas cosas. Les gusta tener un día al que achacar todo, como si la muerte tuviera una hora de nacimiento, o el desastre, un instante de concepción. Así que le echaron las culpas al día de San Juan de 1348, una fecha fácil de recordar para todos. Fue ése el día en que humanos y bestias por igual se convirtieron en apuesta de un juego divino. Fue el vértice del que quedó suspendida la balanza del cielo y el infierno en libre oscilación.

Aquel día de San Juan en particular amaneció trémulo y enfermizo, envuelto en una densa niebla de llovizna. Los fantasmas de las casas, los árboles y los establos flotaban suspendidos en la frágil luz grisácea, como si quisieran desvanecerse al cantar el gallo. Pero el gallo no cantó. No reconoció el alba. Los pájaros siguieron en silencio. Cuantas personas se cruzaban entre sí al salir a ordeñar las vacas o atender al ganado se gritaban, joviales, que la lluvia no duraría mucho y aquel día de San Juan sería tan bueno como cualquier otro de los vistos hasta entonces. Sin embargo, no era difícil advertir que no estaban muy convencidos. El silencio de los pájaros los incomodaba. Sabían que ese silencio era un mal presagio en aquella fecha tan señalada, aunque nadie se atrevía a decirlo.

Pese a todo, tal y como habían predicho, la llovizna acabó por desvanecerse. Una esquirla de sol, pálida y débil, aparecía de vez en cuando entre los nubarrones. No desprendía ninguna calidez, pero los ha-

bitantes de Kilmington no se iban a abatir por algo tan nimio. Olas de risa recorrían el prado comunal. Con malos presagios o sin ellos, aquella era su fiesta y, aunque soplara una galerna, habrían jurado que se lo estaban pasando en grande. Habían acudido catervas de gente de otros lugares a comprar y vender, a trocar y regatear, a zanjar viejas disputas e iniciar otras nuevas. Había criados que buscaban señor; mozas que buscaban marido; viudos que buscaban una esposa buena y fuerte, y ladrones que buscaban cualquier talego que pudieran cortar.

Junto al pantano, un cerdo destripado daba vueltas en un gran asador, y, con el humo de la carne asada y dulzona suspendido en el aire húmedo, se te hacía la boca agua. Un joven hacía girar lentamente el espetón con la manivela mientras lanzaba patadas a los perros que saltaban y mordían la carne a dentelladas, pero las pobres bestias estaban casi enloquecidas por el olor y ni las chispas que arrojaba el fuego ni los golpes del recio garrote podían disuadirlos. Los vecinos cortaban pedazos jugosos de los lomos crepitantes, los desgarraban con los dientes y se relamían los dedos grasientos. Incluso aquellos con los dientes ya gastados, reducidos a unos pocos restos ennegrecidos, chupaban con avidez los trozos de tocino y corteza que crujían mientras los jugos les corrían por la barbilla. Tan insólito derroche de carne fresca había que saborearlo hasta el último y succulento hueso.

Grupitos de chicos descalzos cruzaban corriendo entre los adultos, que estaban entregados a sus habladurías, e intentaban que los malabaristas de ropas escarlata se despistaran y se les cayeran las mazas estrepitosamente al suelo. Los muchachos y las muchachas retozaban en el suelo, ajenos a la humedad de la hierba y a las miradas reprobadoras de sacerdotes y autoridades. Los vendedores ambulantes ofrecían a gritos sus mercancías. Los juglares tocaban el pífano y el tambor, y los jóvenes gritaban tan fuerte como para despertar a los demonios del infierno. Era igual todos los años. Aprovechaban la feria cuanto podían, ya que poco más tenían el resto del año para divertirse.

Sin embargo, aun en medio de aquella ruidosa muchedumbre, era imposible no ver a aquella niña. No tenía el pelo rubio, sino de un blanco inmaculado: una intrincada madeja como la lengua barba de un anciano. Bajo su níveo tocado asomaba un rostro pálido como los muslos de una novicia, con las cejas y las pestañas blancas enmarcando unos ojos translúcidos como el cielo del amanecer. La frágil piel que recubría sus huesudos miembros era de un azul gélido y brillante si se

la comparaba con el moreno almendra de la piel de los demás niños del mercado. Pero no fue tan sólo la ausencia de color de aquella niña lo que atrajo mi atención, sino la paliza que estaba recibiendo.

No era nada raro que un niño recibiera unos azotes. Yo debía haber visto ya media docena de casos ese mismo día: un golpe de vara en las piernas desnudas por no ir con cuidado y tirar un cesto de huevos al suelo; un latigazo en la espalda por echarse a correr sin permiso; un bofetón en la oreja sin más razón que haberse puesto en medio y estorbar. Todos los jóvenes pecadores intentaban esquivar los golpes y gritaban con fuerza para que los verdugos quedaran satisfechos y creyeran que el castigo había sido lo bastante contundente; todos, menos ella. Ni gritaba ni oponía resistencia, sino que estaba tan callada como si le golpearan la espalda con una pluma en vez de una correa, y eso parecía enfurecer aún más a la persona que la azotaba. Creí que no pararía de fustigarla hasta dejarla sin sentido pero, al final, vencido, su agresor la dejó ir. La niña se apartó unas cuantas varas tambaleándose, con paso vacilante pero la cabeza bien alta, aunque las piernas casi no la sostuvieran. Después, volvió la cabeza y me miró como si sintiera que la estaba observando. Sus ojos azul celeste estaban secos y despejados como un día de verano, y en torno a su boca se dibujaba el leve rastro de una sonrisa.

El hombre que la había azotado no era el único a quien encolerizaba el silencio de la niña. Un orondo mercader con las manos llenas de anillos blandía el puño hacia el agresor exigiéndole una recompensa, lívido de rabia. No acerté a oír lo que había sucedido entre ellos por los gritos y el parloteo del corrillo que se había formado a su alrededor, pero me dio la impresión de que llegaban por lo menos a algún acuerdo y el mercader se dejaba arrastrar hacia la taberna con los mirones cerrando la marcha. No cabía duda de que el hombre que le había pegado a la chica pretendía apaciguar a aquella persona indignada con una cantidad soporífera de vino peleón. Mientras, con una mano, lo agarraba obsequiosamente por el codo, no perdió la ocasión de, con la otra, darle un bofetón a la niña al pasar por su lado. Fue un golpe ensayado, que le asestó sin tan siquiera mirarla y que la arrojó de bruces al suelo, donde la niña, sabiamente esta vez, se quedó tendida hasta que el hombre entró en la taberna y se sintió segura. Después, la niña se arrastró hasta un estrecho espacio que quedaba entre el tronco de un árbol y las ruedas de una carreta y allí se acurrucó abrazándose las

rodillas y mirándome fijamente, con ojos desorbitados e inexpresivos, como un gato que observa desde una chimenea.

Aparentaba unos doce años, iba descalza y llevaba una camisa de lana blanca y holgada cubierta de mugre, con una cinta escarlata alrededor del cuello que resaltaba aún más la blancura de su pelo. Continuaba mirándome, y no a la cicatriz, sino al ojo bueno, con una intensidad más imperiosa que llena de curiosidad. Le di la espalda. Fuera lo que fuera lo que había sucedido, no era asunto mío. La habían castigado por algún delito, probablemente por robo, y era evidente que se lo merecía. Con toda claridad, la niña ya estaba encallecida, pues poco era el efecto que el castigo había tenido en ella.

Saqué una torta del morral, la partí en dos y le lancé uno de los trozos, después, me senté para comerme mi pedazo con la espalda reclinada sobre el tronco del árbol. Tenía hambre y aquél era un lugar tranquilo para comer, ahora que la multitud ya se había disuelto. Pero ¿cómo podía comer sin ofrecerle un mordisco a la chica? Observaba el ajeteo de la feria mientras masticaba lentamente. La torta estaba más seca que los cascotes del demonio, pero la carne de cordero salada que tenía dentro era lo bastante dulce, y estaba bien aderezada con hierbas. La chica agarró la torta fuertemente con ambas manos, como si temiera que alguien se la pudiera arrebatar, y no dijo nada, ni siquiera me dio las gracias.

Tomé un trago de cerveza para bajar la comida seca.

—¿Tienes nombre, chica?

—Narigorm.

—Bien, Narigorm, si quieres robar a la gente de su calaña, será mejor que aprendas bien el oficio. Has tenido suerte de que no llamara al alguacil.

—No estaba robando —las palabras le salían con sordina de la boca llena de comida.

Me encogí de hombros y la miré de soslayo. Se había acabado la torta y se lamía los dedos con gran concentración. ¡A saber cuándo habría sido la última vez que había comido aquella niña! En vista del mal humor del hombre, dudaba que le diera nada más que comer ese día. Sin embargo, medio la creí cuando dijo que no estaba robando. Una chica tan llamativa en medio de la muchedumbre no era probable que sobreviviese mucho tiempo como ratera, y se me ocurrió que, con ese aspecto, su padre o su amo, fuera lo que fuera aquel hombre, bien podría ganarse la vida alquilándola por horas a hombres a quienes les gustaran

las jóvenes vírgenes. Esta vez, sin embargo, debía de haber importunado al cliente. Tal vez había rechazado al mercader o, quizás, después de catarla, éste había descubierto que él no era el primero que llamaba a su puerta. Con el tiempo, debía de haber aprendido la forma de oculartarlo. Mujeres más experimentadas debían de haberle enseñado los trucos, y no cabía duda de que se ganaría bien la vida cuando dominara el arte. Aún tenía unos cuantos años por delante en el oficio, más que la mayoría, según mis cálculos, ya que, cuando perdiera la lozanía de la juventud, habría muchos que todavía pagarían una buena suma por una mujer tan distinta de las demás.

—¿Queréis que os lo haga ahora, a cambio de la torta? —su voz sonaba tan impasible como su mirada—. Tendremos que darnos prisa, antes de que vuelva mi amo. No le hará gracia que no me paguéis con dinero.

Intentó introducir su mano, pequeña y fría, dentro de la mía. Yo se la deposité otra vez en el regazo, con suavidad pero con firmeza, entristecido porque aquella niña había aprendido ya a no esperar que la vida le deparara ningún regalo. Ni siquiera un mendrugo podía salirle gratis. Aun así, cuanto más joven aprende uno esa lección, menos desengaños sufre.

—Yo ya he superado esas cosas, niña. Soy demasiado viejo. Además, no era sino un poco de comida. Que te aproveche y bienvenida sea. Eres una chica muy guapa, Narigorm. No necesitas venderte por tan poco. Acepta un consejo de un viejo camelista: cuanto más paga la gente por algo, más valor le concede.

Frunció las cejas ligeramente e inclinó la cabeza para mirarme con gesto de curiosidad.

—Sé por qué no queréis que os lea las runas. No queréis saber cuándo vais a morir. Todos los viejos dicen que quieren saberlo, pero luego no es cierto. —La chica se mecía sobre el trasero como un niño pequeño—. Le he dicho al mercader que iba a perder todo el dinero y que su esposa se iba a fugar con otro y lo abandonaría. Es la verdad, pero no le ha gustado. El amo le ha dicho que era broma y ha querido obligarme a que le pronosticara mejor fortuna, pero yo me he negado. No puedo mentir. Si uno miente, pierde los poderes. Morriگان destruye a los mentirosos.

Así que era adivina. Buen truco si uno logra convencer a los demás de la verdad de sus pronósticos. Con algunos adivinos cuesta decidir si

se creen o no su propio arte. ¿Estaba realmente convencida aquella chica de la verdad de lo que le había contado al mercader o, simplemente, no le gustaba aquel gordo insidioso y le había pronosticado tan mala fortuna sólo por maldad? Si era simple maldad, ya había pagado por ella, y tal vez volviera a pagar si su amo tenía que gastar mucho dinero en la taberna para aplacar su enfado, aunque quizás la chica pensara que valía la pena esconderse sólo por ver la cara que ponía el mercader. Tal vez yo también hubiera pensado lo mismo a su edad. Me reí entre dientes.

—Le he dicho la verdad —replicó enfurecida—. Os leeré a vos el futuro y ya lo veréis.

Asustado por el tono de malicia que había en su voz, bajé la mirada, pero sus ojos claros y azules seguían tan abiertos y faltos de emoción como antes, y me di cuenta de que estaba haciendo el tonto. Los niños odian que se rían de ellos. Era natural que estuviera indignada si pensaba que habían dudado de ella.

—Te creo, pequeña, pero no tengo ningún deseo de que me leas la fortuna. No es que dude de tus habilidades —me apresuré a añadir—, pero, es que cuando uno llega a mi edad, el futuro se le echa encima demasiado deprisa sin necesidad de correr en su búsqueda.

Me levanté despacio. No discuto con las personas que se ganan la vida con la adivinación, con la medicina o con cualquier otra clase de magia con la que embaucar a la gente para sacarles unas monedas. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Acaso no practico yo mi propio arte con la gente supersticiosa y crédula? No veía razón alguna para separarme del dinero que tanto me cuesta ganar por mis servicios. Además, si uno sabe leer el futuro, también puede leer el pasado, ya que ambos son cabos de un mismo hilo, y yo siempre me cuido de que la gente no sepa nada de mí, excepto mi presente.

Las sombras empezaban a alargarse. La brisa, que en ningún momento había sido cálida, era ahora cortante. El cerdo había quedado reducido a un montón de huesos. Algunas personas regresaban ya a sus casas, pero otras, la mayoría de ellas con dudoso equilibrio, desfilaron hacia el bosque para continuar con la celebración, ahora que la feria se había acabado. Guardé los huesos viejos que vendía en la bolsa. Hoy ya no habría más clientes. Me eché la bolsa a la espalda y seguí a la variopinta muchedumbre hacia el bosquecillo. Me imaginaba que aquella noche se beberían buenos cueros de vino en el bosque, y ha-

bría también sabrosas carnes para quienes aún tuvieran un hueco en el estómago, y yo lo tenía.

No le dije nada más a la chica. Ya había cumplido con mi cristiano deber: había compartido con ella un poco de comida, y eso era todo. Pero había algo en su forma de mirarme que me incomodaba. Con los años, he llegado a acostumbrarme a que la gente me mire. Ya apenas lo noto. No, lo que me incomodaba no era que me mirara la cicatriz, sino que no la mirara. Me observaba como si intentara ver más allá de mi cicatriz.

Los hombres que caminaban delante de mí iban despacio y tropezaban constantemente con raíces y piedras. Uno de ellos se cayó de bruces sobre manos y rodillas. Ayudé a su amigo a levantarlo. Éste me dio una palmada en la espalda y soltó un eructo. Su aliento olía peor que un pedo de dragón. Más de uno tendría la cabeza dolorida por la mañana. Mientras agarrábamos a su amigo, que era incapaz de decidir qué pierna debía adelantar primero, miré hacia atrás para echar una ojeada al prado. Aunque era incapaz de distinguir los rostros a aquella distancia, alcancé a divisar una mancha de un blanco brillante entre los marrones, verdes y escarlatas que allí se veían. Estaba de pie al borde del prado y seguía mirándome fijamente. Intuía sus ojos clavados en mí. La niña quería que mi interior se le abriera de par en par. De pronto, me di cuenta de que estaba enojado con ella. Sabía que no tenía razón alguna para estarlo, porque aquella pobre niña no me había hecho nada, pero juro que si su amo hubiera salido de la taberna y le hubiera dado otro correazo, no me habría dado ninguna pena. Como él, también yo quería verla llorar. Las lágrimas son naturales. Las lágrimas son humanas. Las lágrimas hacen que uno se guarde para sí mismo la curiosidad.

Así pues, tal vez os preguntéis si eso fue todo. ¿Así empezó? ¿Fue ése el principio, media torta regalada a una niña de ojos gélidos? Apenas había sido un día aciago para nadie, si exceptuamos al orondo mercader. Y tenéis razón: de haber sido todo, no habría sido nada. Pero sucedió algo más aquel día, a varias millas de distancia, en una pequeña villa costera llamada Melcombe. Alguien podría pensar que no existió conexión alguna entre ambos hechos y, sin embargo, ambos sucesos llegarían a entretrejerse como trama y urdimbre en un paño de seda.

Hilos de distinta orientación, pero destinados a formar una unidad. ¿Cuál era la trama de ese paño? La muerte de un hombre. Lo llamaremos John, ya que nunca supe su nombre. Alguien debía de saberlo, pero nunca nadie lo admitió y, por eso, lo enterraron sin nombre.

John se desplomó en un mercado lleno de gente. Lo vieron tambalearse, agarrarse al costado de un carro en busca de apoyo. La mayoría creyó que estaba borracho, porque tenía aspecto de marinero y, como todo el mundo sabe, los marineros pasan la mayor parte del tiempo que están en tierra bebiendo, hasta que se quedan sin dinero y se ven obligados a embarcarse otra vez. John se dobló por la mitad tosiendo como si los pulmones quisieran salirse, hasta que empezó a echar espumarajos de sangre por la boca, que le salpicaron las manos y mancharon las ruedas del carro. Después, cayó de rodillas con el cuerpo doblado.

La gente que acudió inmediatamente a ayudarlo se apartó encogida y a punto de vomitar, tapándose la boca con las manos. Aquel hedor no era la pestilencia habitual de los borrachos que no se lavan, sino que olía más bien a tumba abierta. A pesar de todo, algunas personas de estómago más resistente consiguieron tomarlo por los brazos y enderezarlo, aunque el hombre aullaba de dolor con tanta fuerza que lo dejaron caer de nuevo, conmocionados. Los hombres lo observaban, sin querer arriesgarse a tocarlo otra vez, sin saber qué hacer para ayudarlo.

El dueño del carro azuzó a John con la punta del zapato para que se alejara de allí a rastras, ya que era evidente que no quería que lo levantaran. El carretero no era un ser insensible, pero tenía que llegar al próximo pueblo antes de que cayera la noche. Podía oler la lluvia en el viento y ansiaba marcharse antes de que empezara a caer de nuevo y los caminos se convirtieran en un lodazal. Era una faena de mil demonios cruzar el camino entre los bosques una vez convertido en un fangal y, si tenías que detenerte a arrimar el hombro para sacar el carro de alguna zanja, te convertías en presa fácil de cualquier ladrón que quisiera hacerse con la bolsa y el carro y dejarte medio muerto, tirado en la cuneta. Y Dios sabe que ese tipo de bribones no escaseaba en los bosques. Volvió a azuzar a John, intentando que saliera de debajo del carro. Por muchas ganas que tuviera de marcharse de allí, el carretero no podía atropellar a un hombre enfermo.

John, al sentir otra vez la punta del pie, agarró al carretero por la pierna e intentó apoyarse en ella para ponerse de pie. Alzó la cara su-

dorosa con los ojos en blanco y otro ataque de dolor le estremeció todo el cuerpo. Fue entonces cuando el hombre del carro se apercibió de que John tenía el rostro y el cuerpo cubiertos de manchas de un color entre negruzco y azulado. Bastaba aquella visión para que cualquiera se apartara de allí con un escalofrío. Pero el carretero no comprendía lo que estaba viendo. No reconocía las señales. ¿Por qué habría de reconocerlas? Era algo que jamás había visto en aquel lugar, en aquellas tierras.

Pero alguien sí que los identificó, alguien que ya había visto antes aquellas marcas reveladoras: era un mercader que había viajado mucho, lejos de nuestras costas, y conocía muy bien las señales. Por un momento, se quedó estupefacto, como si no pudiera creer que aquello estuviera pasando. Después, agarró al hombre del carro y graznó:

—*Morte bleue.*

La pequeña multitud que se estaba formando en torno a ellos miraba ora al mercader, ora a la figura que se retorció en el suelo, sin alcanzar a entender nada. El mercader empezó a señalar con la mano temblorosa.

—*Morte bleue, morte bleue* —gritaba cada vez más fuerte, frenético. Después, haciendo acopio de todo el juicio que aún le quedaba, bramó—: ¡Tiene la peste!

El hombre del carro tenía razón. Aquella noche llovió. No fue una leve llovizna como la de la mañana, que no había sido más que el prólogo. No, esta vez llovió torrencialmente. Los goterones, duros y pesados, golpeaban las hojas, la tierra, las cosechas y los techos de paja, y acabaron por convertir las veredas en torrentes, y los campos, en ciénagas. Llovió como si fuera el principio del diluvio. Tal vez las personas que vieron caer las primeras gotas en tiempos de Noé pensarán, igual que nosotros aquel día, que eso no iba a ser nada. Quizás también ellos creyeran que a la mañana siguiente, o un día más tarde o temprano, dejaría de llover.